

antología

FINALISTA  
DEL III CONCURSO  
DE CUENTOS DE  
TRIBUNA  
MEDICA

# NOS MIRAMOS A LOS OJOS

Por la doctora Aurora de los Angeles GUERRA TAPIA  
(Madrid)

22 de agosto de 1982.

Me he sentado a escribir aquí, en este atardecer de verano, en el porche de mi casa de campo donde ahora vivo. Aquí, donde siempre corre el aire aunque haga calor. Donde viven las golondrinas, año tras año, acodados sus nidos en los ángulos de mi techo. Aquí, donde no hay más silencio que el de las personas y sus cosas. Y parece que es la primera vez que lo hago. Los geranios rojos, blancos, rosas, jaspeados... Las hortensias, las dalias, los girasoles amarillos y radiantes... Las golondrinas entran, salen, dudan, se agitan y me regañan, al fin, por sentarme hoy aquí a estorbar su soledad querida. Las ramas de los almendros bailan y aplauden sin prisa, al ritmo inimitado de la música del viento. Y yo, aquí, con mis manos flacas tostadas por el sol, llenas de arrugas y de manchas marrones. Mis ojos, aún ven bien, como siempre. Desde aquí distingo con nitidez los primeros tejados de Aldeanueva. También veo el cementerio, pero

ése lo ven todos. Está cerca de casa. Tan cerca como el huerto o el campo de fútbol y más que la dehesa. Hay que pensar intencionadamente en aludirlo a la hora de dar un paseo, pues su camino es llano, liso, fácil y seductor. Pero allí no van las golondrinas.

Apenas puedo escribir. Cada uno de mis pensamientos no parece salir de mi mente, sino de un núcleo de pesada tristeza que la sustituye. Yo no hubiera querido saberlo. Y no es que lo diga ahora, a hechos consumados. Siempre tuve claro mi interés en mantener esa querida área de ignorancia. Recuerdo mis discusiones con los alumnos cuando daba prácticas en el hospital. «Toda persona tiene derecho a conocer el alcance de su enfermedad, a saber cuándo llegará su fin», me decían. Pero yo insistía, una y otra vez, en que el fin debe llegar inesperado, desconocido, pensado lejano y casi imposible. Como le llega a una flor cortada, a una mariposa cazada, a un árbol verde hasta que le arranca el vendaval. ¡Qué dulce la hora antes de la muerte inesperada! Todo ha de parecer hermoso, habitual, seguro y permanente. Pensar en la estrella de esta noche, en el sol del día siguiente, en el trabajo que hacer, la lucha que superar. La vida sería plena hasta el último segundo.

No llegamos nunca a un acuerdo e incluso yo empecé a dudar de mi verdad. Por eso, al fin, en una especie de concesión condicionada, medio en serio, medio en broma, admití: «Tal vez tengáis algo de razón. Pero cuando yo vaya a morir no quiero que me lo digan. A mí, dejarme feliz en el engaño hasta el segundo mismo de mi muerte.»

Pero lo he sabido. Dios mío, lo he sabido. Nadie me lo dijo, a nadie puedo culpar. Pero soy médico, y aunque he

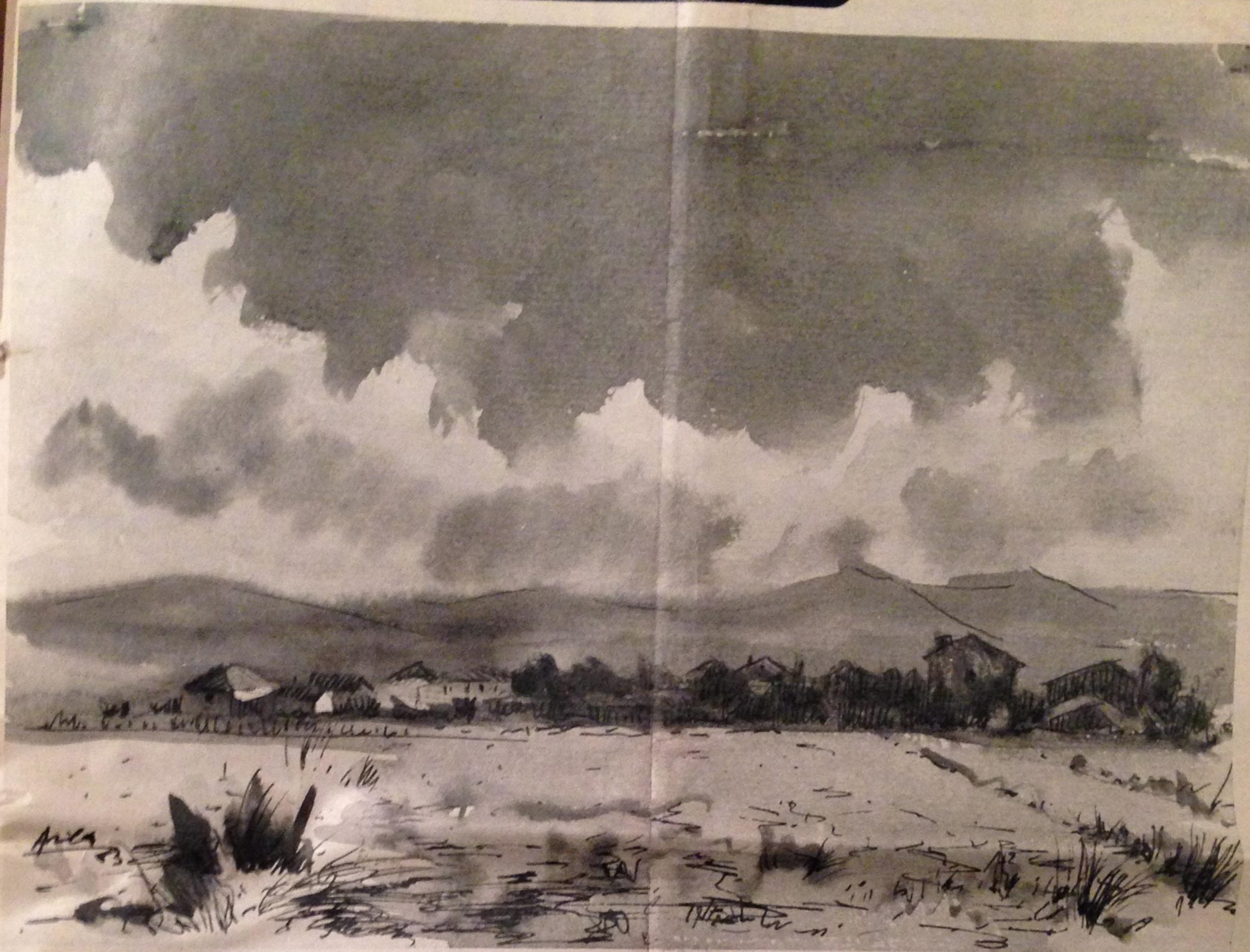
querido, no he podido engañarme. Tengo cincuenta y nueve años y voy a morir. Tal vez dure dos meses, tal vez tres. Pero sé que no veré el invierno. Escribo porque ahora estoy solo, completamente solo, absolutamente solo.

Mi hija viene a verme a menudo. No puedo decir que se vaya olvidando de mí. Elena, que sigue con su cara redondita, como cuando era un bebé, como cuando la abrazaba sobre mi pecho, dejando rodar lentamente su desnudez sobre la mía, complaciéndome en sentir su leve peso, su fina piel, su tibio aliento babeante. Ella me quiere, sí. Aún no se ha gastado el engranaje amoroso que nos unía. Pero ahora tiene dos hijos, y su garra es más fuerte, más poderosa que la mía. Ella no acaba de creer que tengo un cáncer de esófago, y que eso terminará con mi vida en breve plazo. Lo sabe, sí, pero como sabemos que hay guerras en el mundo, de forma lejana y un tanto inconsciente e irresponsable. Viene, me sonríe, me besa, me cuenta con su voz vivaracha cosas banales... ¿Cómo le interrumpiría yo para decirle: «Elena, no veré a tus hijos hacer la comunión», o «Elena, estas Navidades estaré lleno de gusanos»? Se llenarían sus ojos de un horror no asimilado, lloraría, diría que no es verdad, me consolaría con mentiras que es posible que ella misma creyera, pero su corazón no me sentiría como yo me siento. Y no me dejaría hablar más. Por eso escribo. Sí, Elena, hija mía, mi bebé redondito. En Navidades no tendré ojos y estaré lleno de gusanos. ¡Dios mío! En estas Navidades ya...

(Pasa a la página 63)



También veo el cementerio, pero ése lo ven todos. Está cerca de casa



Las casas lejanas y las bajas montañas se confunden, grises todas

(Viene de la página 61)

Valentina, Tina, mi mujer, es demasiado concreta. Prepara las comidas, que luego no puedo tragar, minuciosamente. Me viste de blancura, me corta las uñas de los pies. Tiene las manos un poco gruesas del ama de casa, gruesas a fuerza de cocinar, lavar y ordenar lo que rodea a nuestras vidas. Pero ya no sabe mirarme a los ojos con admiración, con ensueño de enamorada. Soy como un hijo que le ha nacido a la vejez y me cuida con esmero. Pero ¿cómo la voy a sacar de la realidad inmediata, sin importancia, de ese lavar, cocinar, coser, ordenar? ¿Cómo la voy a decir: «Tina, pronto, con tus manos gruesas, me amortazarás» o «Dentro de dos meses pesaré menos que un niño y me cogerás en brazos para bañarme»? Está a mi lado, pero yo estoy solo.

Mi perro «Argos», imponente, me mira desde su cara de viejo, con sus ojos de mastín un poco tristes, muy poco inquietos. ¿A ti qué te diré, mi buen «Argos»? Me conocerás hasta el último día, por mucho que cambie. ¡Quién me diría que iba a irme antes que tú! «Tres años vive un milano, tres milanos vive un perro, tres perros vive un caballo y tres caballos el dueño». Pues ya ves, «Argos», tu dueño... Levantas la cabeza, inseguro ante mis sollozos, y te remueves, dudando. Nada puedes hacer. Estoy solo.

Estoy solo. Solo ante mi muerte. Nadie podrá darme la mano, compañero constante de mi último empeño. He visto morir a muchos y sé bien que se fueron solos, como yo me iré. Yo los veía, ellos me miraban agarrados con ansia a cualquier cosa, y al fin se alejaban de mí rápidamente, como si de pronto fuesen de aire y no pudieran cogerse ni cogerlos. Pero al menos a ellos yo los engañaba. Inventaba con sus síntomas fatales enfermedades benignas. Teñía de esperanza sus dolores, les traía de la

dorada América medicinas mágicas, y cuando cerraban los ojos no habían comprendido nada. Habían tenido miedo, sí, pero escapaban de él en mi aeroplano de fantasía científica. Al menos, en el peor de los casos, dudaban.

Pero yo ni siquiera puedo dudar. Ahora no quisiera haber sido médico. Reniego de mis libros y de mis maestros, de todo aquello a través de lo cual aprendí que esta anorexia y esta disfagia progresiva me sumirán en una caquexia terminal sin remedio. Que me llenaré de metástasis y tendré una complicación infecciosa. Que al final seré un esqueleto con piel. Ya desde antes, por ser médico, he sufrido la enfermedad en todas sus posibilidades. Cada vez que mi hija me miraba con sus ojos brillantes de fiebre, yo, al tiempo que en una amigdalitis común, pensaba en la meningitis. Pasó la varicela y temí a la encefalopatía. Tres días de diarrea me llevaban a la mala absorción. Y todo dentro de mí. No tenía la solución, el consuelo de «llamar al médico», de descargar en «el otro» mi angustia y mi responsabilidad. Y luego, yo, con estos síntomas tan claros, tan «de libro», tan de diagnóstico clínico en la primera consulta.

¿Quién me advirtió? ¿Quién me ofreció amor y respeto a cambio de esta angustia entonces por venir? ¿En qué clase me enseñaron cómo pasar la prueba de conocimiento de la propia enfermedad? Nadie. Eres médico y ya está. Y ahora ha llegado el momento sublime, el diagnóstico definitivo, la lección magistral: me muero.

Está anocheciendo. Empiezo a ver mal para escribir. La familia de golondrinas descansan en el nido, acostumbradas ya por hoy a mi presencia. Las casas lejanas y las bajas montañas se confunden, grises todas. Mi letra es más irregular. Tampoco importa demasiado. Nadie va a leerla. Cuando acabe romperé estas hojas y las tiraré al

viento en un acto romántico, de novela, ridículo tal vez, pero que yo celebraré como el ministro de un sacramento. Me sentiré diluido, casi muerto ya, y tal vez por eso más tranquilo.

Ahora lloro suavemente por mí, por mi pobreza, compadeciéndome porque no veré florecer a los geranios, ni sabré si el sol saldrá como siempre al otro día, ni si la Tierra dará vueltas, o si aparecerá un volcán en una isla, o un hormiguero en mi jardín. Y ahora lloro suavemente por mí, por mi grandeza, porque al fin soy médico y, ahora lo sé, no me arrepiento. Porque tal vez yo haya sido uno de los designados para que muchos mueran sin saberlo a cambio de nuestra muerte conocida. ¡Hermosa mi misión y válido mi tributo! Habrás querido, Dios, si es que existes, como yo quiero creer, que me parezca a Ti más que a los otros, que, como Tú, sepa la hora de mi muerte. Tal vez así, para que te conozca mejor, para que te crea más. Y tal vez Tú seas el único que pueda mirarme a los ojos fijamente antes, durante y después. Y tal vez seguiremos mirándonos sin haber parpadeado ni Tú ni yo. Y tal vez Tú y yo nos miraremos a los ojos desde ahora hasta mi muerte, que puede ser bella y serena, conocida y un poco amada al fin, a partir de esta tarde de verano, en que sin pensarlo hemos empezado, a hurtadillas, a mirarnos a los ojos.

Ilustraciones  
de José Antonio AVILA

antología

